

DE PAMPLONA A LOURDES A TRAVES DEL PIRINEO

POR JESUS TELLERIA ARMENDARIZ

(FOTOS Y PLANOS DEL AUTOR)

(CONCLUSION)

Después presentamos los pasaportes al control para que nos pongan el sello de «salida». Son las diez de la mañana, cuando abandonamos nuestro alojamiento, cuyo precio si bien razonable (todavía estamos en España), grava considerablemente nuestro modesto presupuesto de peregrinos (ya no estamos en Navarra).

Desandamos 3 de los 8 kilómetros que nos separan de Candanchú, hasta la entrada (1.400 m.) del barranco de Canou Roya, al cual se pasa por un puentecillo pintoresco situado junto a la carretera, en el lugar en que ésta hace un doble zig-zag.

El camino, amplio y marcado, sigue paralelo al regato, por su orilla derecha (nuestra izquierda), y al cabo de media hora se bifurca junto a un puente. Aunque el camino parece continuar por la misma orilla, hay que cruzar el puente, junto al cual existe un cobertizo, y después tomar otro, que asciende también paralelo al río por su orilla izquierda. De esta manera vamos ganando poco a poco altura, sobre un suave piso de hierbines. El sol nos castiga implacable y las mochilas van todavía más cargadas. Esto hace que nuestra marcha sea lenta y con frecuentes paradas, una de las cuales aprovechamos para almorzar. Posteriormente a 1.800 m. de altura encontramos un ibon seco al pie mismo de la impresionante cara norte del pico de Anayet. Otros dos lagos están todavía más arriba en su flanco oriental, como lo atestiguan las cascadas del torrente que los desagua. Con un supremo esfuerzo de voluntad salvamos los últimos 200 m. y coronamos el collado de Canou Roya (2.045 m.).

Como en días anteriores, al trasponer este collado, se nos presenta un nuevo valle, el de Thena que, en contraste con el de Canfranc, angosto y atormentado, nos ofrece unos dilatados y apacibles prados verdes, custodiados por los altivos Picos del Infierno. En cuanto a los terrenos geológicos, a las calizas cretáceas del Aspe y Canfranc suceden pizarras y equistos del Pérmico y Carbonífero de Sallent y gneis y granitos arcaicos en el Midi d'Ossau. El descenso hacia Pourtalet, lo hacemos directamente por la campa, alcanzando la carretera en las proximidades de un cuartel abandonado (que puede servir de refugio en caso necesario), un kilómetro antes de la frontera. Después por ella llegamos a Pourtalet (1.792 m.).

Como es domingo, cientos de franceses con los atuendos más extravagantes, han subido en sus coches hasta la frontera, y se lanzan como fieras a una cabaña, situada en zona española, donde les venden toda clase de alimentos y bebi-

das a precios muy ventajosos (para ellos). Innecesario es decir que los tenderos son catalanes. Nosotros que venimos ya surtidos, solamente compramos vino para la comida y para brindar por nuestra próxima victoria sobre el Midi.

Después de comer trasponemos la frontera y presentamos nuestros pasaportes al control francés (que funciona sólo en verano) donde nos ponen el cuño de «Entree». Junto al control existe una cantina francesa. A continuación bajamos al centro de la dilatada pradera (1.700 m.) que se extiende al pie de los Picos de Peyreget y de Moustardé que forman la primera barrera de defensa del Midi a nuestro ataque. Atravesamos la pradera y empezamos a ascender lentamente el col de Moustardé, punto más bajo de esta barrera. Encontramos unos cairns que sirven para orientarse en caso de niebla. En el collado (2.100 m.) dejamos la mochila y en un momento ascendemos a la vecina cota de Moustardé (2.124 m.), donde paramos un gran rato examinando a nuestro enemigo el Midi, ya al alcance de nuestra mano. También es bonita la mole del macizo del Balaitous, que contemplamos por primera vez. Debajo de nosotros la carretera francesa, baja rápidamente desde Pourtalet hacia Gabas y Laruns.

Regresamos al collado, recogemos las mochilas y nos encaminamos al refugio de Pombie, visible desde aquí, donde hemos de pasar la noche. Encontramos en él a dos escaladores franceses (bastante vagos), que nos habían de proporcionar datos precisos para la escalada del día siguiente.

Es todavía temprano, y liberados del peso de las mochilas, casi nos salen alas para deambular por los alrededores del refugio.

Tumbados en la hierba, junto al pequeño ibón de Pombie, contemplamos con verdadero deleite cómo los últimos rayos del sol hieren las cumbres distantes. Sólo quedan iluminados el Balaitous, el pico de Arriel y el Pallas. Uno tras otro se apagan estos últimos; el Balaitous, omnipotente y majestuoso, permanece largo rato encendido. Por fin también él sucumbe ante el hechizo mágico de la noche.

Horario: Salida de Canfranc, 10,00; principio barranco Canou Roy, 10,45; almuerzo, 12,00-12,45; collado Canou Roy, 14,00; Pourtalet, 15,00-16,30; pico Moustardé, 18,00-18,30; llegada Refugio Pombie, 19,00.

Total: 26 kilómetros. — 6 horas. — 1.300 metros desnivel.

Séptima etapa.—REFUGIO POMBIE-PIC DU MIDI D'OSSAU (2.885 m.)-REFUGIO ARREMOULIT.

El despertador del refugio sonó a las 5,30. Bajo un cielo estrellado y frígido, salimos al exterior a calentar el desayuno: un poco de café, galletas y pasas. Queremos partir enseguida pues estamos todavía temerosos ante las defensas que pondrá el hostil Midi, a nuestro ataque, y nos interesa disponer de horas en abundancia para vencerle.

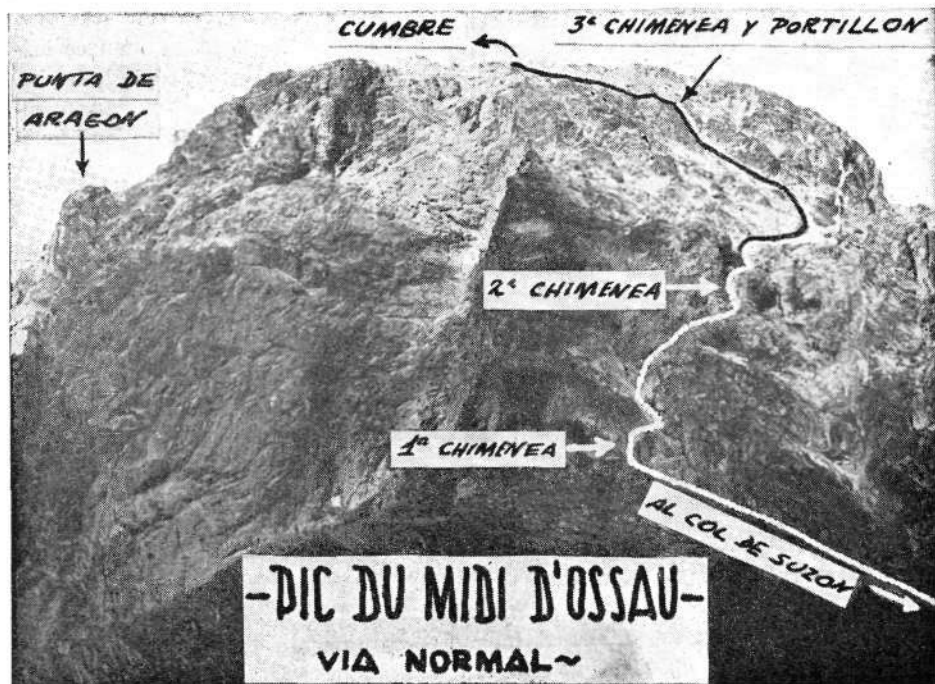
A las 6, emprendemos la marcha; bordeamos el pequeño Ibon del refugio (2.032 m.) y en su extremo opuesto encontramos los «cairns» que nos indican la ruta. A poco la senda se subdivide en dos; una que sube hacia el col Peyreget y la nuestra que atraviesa la pedriza del Midi en dirección SW-NE., hacia el col de Suzon. A las 6,40 alcanzamos la arista de Suzon algo más arriba de dicho col (2.131 m.). Poco después, iniciamos lo que pomposamente se llama «la escalada de la pared norte del Midi d'Ossau».

PYRENAICA

Transcribo la descripción de la Guía Ollivier, de esta vía normal (ver fotocroquis). «Sobre la cresta herbosa del col de Suzon corre hacia el W., en dirección al pico, un sendero. Este conduce al pie de la primera chimenea (existen clavijas). Encima de esta chimenea, el sendero continúa hacia el N., desciende ligeramente, franquea un torrente, y se eleva en diagonal al N. sobre unas terrazas herbosas, hasta el pie de la segunda chimenea (más larga, con las clavijas más distanciadas). Algunas decenas de metros más arriba, atravesar una chimenea muy corta y continuar a la derecha (N.), después volver a la izquierda (es el único punto del recorrido en que se puede dudar, aunque el sendero está bien marcado) para introducirse en la tercera chimenea (clavijas), que atraviesa el escarpado final, subiendo en diagonal de N. a S. En lo alto de esta chimenea, lugar llamado el Portillón, existe una flecha de hierro forjado, que indica la entrada a la chimenea, en el descenso.

Continuar un poco en dirección S. (huellas de sendero) y después, subir las cascajeras en dirección W-SW (pequeños resaltos que no ofrecen dificultad). Se alcanza el borde del circo Sur y se llega a la cumbre N. o punta de Francia (2.878 m.). Atravesar hacia el sur una corta arista (2 brechas) entre la cara NW a la derecha y la pared que se desploma sobre el circo sur, a la izquierda, se llega así a la cumbre central o punta de España (2.885 m.) del Grann Pic du Midi d'Ossau.

A las 9 pisábamos la cumbre, celebrando la victoria con un fraternal abrazo. Como Whymper en el Cervino, pasamos «one crowded hour of glorious life».



PYRENAICA

Estamos aislados en medio del cielo. Un mar de nubes, nos separa de la tierra; solamente emergen, a manera de islotes, las altas cumbres de los montes vecinos. Una de ellas, el Balaitous, nos mira sonriendo, invitándonos a visitarla. Está aún muy lejos, pero mañana, si Dios quiere, habremos de hollar su cumbre.

El descenso lo efectuamos con grandes precauciones; y sin ningún incidente, regresamos al refugio.

La opinión que sacamos de esta ascensión tan temida, es que se trata de una escalada sencilla, que puede realizarse sin cuerda, asequible a cualquier montañero con alguna experiencia.

Después de un chapuzón en el Ibón de Pombie, arreglamos las mochilas y nos sumergimos (literalmente hablando) en el mar de niebla que cubre el valle, a fin de bajar a las cabañas de Soques. Perdimos el camino, pero como la dirección a seguir es siempre la misma, W-E, y el terreno es herboso, llegamos sin grandes complicaciones, marchando junto al regato de Pombie, hasta el bosque que precede al barranco de Soques. Aquí encontramos un campamento de excursionistas franceses, con sus correspondientes pañuelos, banderines y prendas multicolores, que contrastaban con el gris intenso de la niebla que nos envuelve. Después siguiendo un amplio camino que se aparta, hacia la derecha del regato, descendemos al fondo del barranco de Soques y cruzamos el río Broussel, que baja de Pourtalet paralelo a la carretera. Estamos en las cabañas de Soques (1.415 m.), donde comemos y nos aprovisionamos.

El cielo continúa cubierto por la niebla, pero tenemos la esperanza de que al ganar nuevamente altura, volveremos a ver la luz del sol. Remontamos ahora el barranco de Arrius por un amplio camino que parte de la cabaña de Soques. Primero cruzamos otro bosque análogo al de esta mañana, y al poco salimos nuevamente al raso, continuando paralelos al regato de Arrius por su orilla derecha (nuestra izquierda).

Una hora después pasamos junto a la cabaña de Arrius, cuyo pastor, muy optimista, nos dice que en seguida llegaremos al col. La temperatura es ideal para la marcha, pues la niebla continúa envolviéndonos, pero el peso de las mochilas y la ascensión matutina del Mili, nos frenan la marcha. La pendiente se acentúa y la niebla se espesa. Por fin ateridos y casi agotados alcanzamos el col de Arrius (2.254 m.), habiendo marchado siempre paralelos al regato hasta casi al final.

La visibilidad es nula y nos parece que somos un par de fantasmas en un mundo irreal. Todo es gris y húmedo; de vez en cuando se vislumbran paredes abruptas, o moles imprecisas, sin que consigamos situar un punto de referencia. Todos nuestros conocimientos de la topografía de esta región se reducen a dos líneas de la Guía Ollivier y unos trazos del mapa Ledormeur.

Celebramos «consejo de guerra» y acordamos como medida de prudencia, bajar por el camino que llevamos, al lago de Artouste, y de allí coger el camino del refugio de Arremoulit, perdiendo 300 hermosos metros de desnivel, en lugar de ir directamente a dicho refugio por una ruta que nuestra guía esboza (dirección SE.), sin precisión alguna.

Descendemos un tanto pesimistas hacia dicho lago con la esperanza, ¡qué ilusiones producen el cansancio y la niebla!, de encontrar en un cruce de caminos un indicador o un guardia uniformado que dijera «Al refugio de Arremoulit, por la derecha», «Al lago de Artouste, de frente». Al cabo de media hora de descen-

PYRENAICA

so cruzamos un regato y una horrible duda cruza nuestra mente; ¿será este regato el desagüe de los lagos de Arremoulit?, en cuyo caso hemos pasado sin advertirla la desviación a dicho refugio. En vista de que el guardia uniformado no aparece, nos dedicamos a explorar la procedencia de dichas aguas, comprobando que proceden de un nevero. Advertimos también una pequeña senda que sale a nuestra derecha, pero no le concedemos importancia. Por fin, después de un rudo descenso en zig-zag, contemplamos las aguas del lago Artouste (1.964 m.) de gran extensión (un kilómetro cuadrado) y, suponemos, belleza.

Ya habíamos decidido ir a dormir a las casas de la presa de dicho lago, cuando de súbito, se abre la niebla y se nos aparece con un fondo azul intenso la airosa cumbre del Pallás, dorada por las últimas luces de la tarde.

Para nuestro estado de ánimo, aquella visión, tuvo un significado casi mágico. El pernoctar en Artouste equivaldría prácticamente a prescindir de la ascensión al Balaitous, único «tres mil» de la excursión solucionando el descenso al valle de Azun por el col de Artouste y el lago Miguelón.

Pero a la vista de aquella montaña, sentimos renacer en nosotros nuevas fuerzas y sobre todo, el orgullo de ser montañeros del Oberena.

Apenas hubo necesidad de cambiar impresiones. Sin pensarlo demasiado, decidimos remontar el curso del riachuelo-desagüe de los lagos de Arremoulit, que ahora veíamos claramente (dirección S.) sin camino alguno, «por las buenas», hasta llegar a dichos lagos, donde se encuentra el refugio.

Agotados como estábamos, con casi 2.000 m. de desnivel a nuestras espaldas, y los consabidos mochilones, emprendimos la ascensión. Al poco comprendimos que no podíamos seguir «por las buenas», subiendo y bajando rocas, y empleamos el cerebro. Torcimos algo a la derecha, remontando unas laderas herbosas, donde encontramos una débil senda, señalada con «cainrs», que seguía nuestra dirección (S.)

La niebla iba desapareciendo, y pronto comprobamos que era la senda, que una hora antes habíamos despreciado. Por fin apareció el refugio (2.305 m.) entre los lagos de Arremoulit, y pronto cruzábamos su puerta, agotados, pero felices de haber logrado nuestro propósito.

Poco después calentábamos una abundante cena, ante las miradas curiosas e incrédulas de unos scouts franceses, a quienes habíamos dicho que veníamos andando desde Pamplona.

Horario: Salida refugio Pombie, 6,00; arista Suzon, 6,40-7,00; cumbre Midi, 9,00-10,00; arista Suzon, 11,00; refugio Pombie, 11,30-13,00; Soques, 14,15-15,45; cabaña Arrius, 16,45; col Arrius, 18,00; lago Artouste, 19,00; llegada refugio Arremoulit, 20,00. Total: 27 kilómetros, 10 horas, 2.100 metros desnivel.

OCTAVA ETAPA.—Refugio Arremoulit-Balaitous (3.146 m.)—Refugio Arremoulit.

Amaneció el día nublado. Un viento helado penetraba por la entreabierta puerta del refugio. Algún gruñido francés nos indujo a cerrarla y seguir durmiendo. Sin embargo, a las nueve de la mañana empezó a aclarar la niebla y renació la esperanza en nosotros. Sería una verdadera lástima que después del esfuerzo del día anterior tuviésemos que renunciar definitivamente al Balaitous. Poco a poco todo el refugio empezó a animarse. Los franceses iban al Pallás y

PYRENAICA

preparaban toda clase de cuerdas y útiles de escalada. Calentamos rápidamente nuestro desayuno y disponemos algunas «municiones de boca» para el asalto del Balaitous. Consultamos con los franceses sobre las distintas vías de acceso, y al fin determinamos seguir la de la «Gran Diagonal».

A las 9,30 dejamos el refugio (2.305 m.), y rápidamente, siguiendo una invisible senda (dirección SE.), jalonada por cairns, ascendemos al Col de Arremoulit (2.450 m.) De aquí el Balaitous, se nos presenta en todo su esplendor. En el fondo del barranco que nos separa del coloso, centellean los lagos de Arriel, color verde esmeralda. Más arriba el glaciar de la Frondella y la brecha de Latour, que separa este pico del de Balaitous. Desde este magnífico mirador se aprecia la ruta que habíamos de seguir (ver foto esquema).

Primero descendimos a los lagos, directamente por la cascajera, en dirección a la represa (2.200 m.) y por encima de la cual pasamos a la orilla opuesta. (Es posible, como apunto luego, que se pueda pasar a la ladera opuesta, bordeando el circo por la izquierda (N.), sin tener que descender a los lagos.) Después salvamos la ladera opuesta por otra cascajera y algunos hierbines hasta la parte superior del torrente de desagüe del glaciar de la Frondella, donde hay un pequeño Ibon y unos neveros. Continuamos ascendiendo por una senda con «cairns» hasta la base de los acantilados, que forma la mole de Balaitous propiamente dicho, donde se toma el camino de la «Gran Diagonal».

Es ésta una grieta profunda, que surca la cara W del Balaitous, y que, a pesar de su trazado tan aéreo, constituye una de las más sencillas vías de acceso a la cumbre. En el comienzo mismo de ella, se encuentra ubicado el abrigo de André Michaud (2.650 m.), construido aprovechando una oquedad natural situada debajo de una enorme roca. La han tapado con piedras los orificios, y se ha colocado una puertecilla de hierro en su entrada. Es imposible localizarlo de lejos, pues aunque hay unas señales grandes de pintura en la roca que lo forma, éstas se han descolorido, y no se aprecian; sin embargo, está situado en un punto, paso casi obligado para la «Gran Diagonal». Su capacidad es para 3 ó 4 personas.

La ascensión por la «Gran Diagonal» consta de tres partes: la primera transcurre por una cascajera muy inclinada encuadrada por el acantilado del Balaitous, y una derivación de éste; la segunda que tiene pasos sencillos, pero impresionantes por la verticalidad del acantilado en el cual está tallada esta grieta, es algo menos inclinada. Y la tercera situada a casi 3.000 m. combina las dificultades de las dos primeras. Para colmo de desgracias los «cairns» que, hasta ahora nos han guiado maravillosamente, se multiplican en una serie de rutas, produciendo la consiguiente confusión. Nosotros cansados de seguir falsas pistas, nos lanzamos directamente en escalada libre hasta la cumbre (3.146 m.), ya próxima.

En la cumbre nos encontramos con un grupo de alpinistas franceses que habían ascendido desde el refugio de Piedrafita por la brecha de Latour. ¡Paradojas de la montaña! Los franceses suben desde España y nosotros lo hacemos desde Francia.

El horizonte no tiene límites y la visibilidad, bastante buena, nos permite apreciar toda la salvaje belleza del Pirineo desde Anie hasta Monte Perdido. Esta zona presenta iguales características geológicas que el Midi, perteneciendo ambas a la misma afloración arcaica, con granitos, gneis, esquistos y pizarras.

La vertiente francesa continúa sumergida en un blanco mar de nubes, que

PYRENAICA

no ha dejado de amenazarnos desde que salimos del refugio. Así pues decidimos descender abandonando este mundo sublime y casi irreal de los «tres mil».

Ahora extremamos las precauciones, pues carecemos del apoyo moral de una cuerda, y la ruta es empinada. Nos estorban mucho los piolets, por lo que tenemos que meterlos en la mochila. Hubiera sido un gran acierto dejarlos en el refugio, pues para los pequeños neveros que hay que atravesar no son indispensables. Lentamente vamos perdiendo altura y pronto llegamos a la «Gran Diagonal» en su tramo segundo. Volvemos a localizar los «cairns» y ya más tranquilos apresuramos la marcha. Al poco desembocamos en la cascajera inicial, donde nuevamente tenemos que disminuir la velocidad, pues las piedras, que se resbalan como cojinetes a bolas, llueven sobre el que va delante.

Sin contratiempo alguno pasamos junto al abrigo de André Michaud y continuamos por la pedriza hasta los neveros, por los que bajamos a gran velocidad con el auxilio de los piolets. Al poco alcanzamos el Ibon del regato de la Frondella. Desde aquí conviene examinar el circo que rodea los lagos de Arriel, pues quizás exista alguna ruta que permita pasar al Col de Arremoulit sin perder mucha altura. Nosotros sin embargo, descendimos por el mismo sitio, con la esperanza y fortuna de encontrar un filtro fotográfico que extraviáramos a la subida.

Comimos admirando las «magníficas obras de ingeniería» que son las represas de los lagos, de sólo 2 metros de altura y de las que sale el agua como de una cesta. Después subimos al Col de Arremoulit, con una pequeña variante, consistente en seguir el camino que bordea el lago hasta casi su extremo norte y de allí por hierbines y rocas hasta el mismo collado. Con esto evitamos la molesta cascajera.

El sol hería con sus rayos las ingentes masas del Balaitous y la Frondella. Los neveros refulgían como ascuas encendidas, y toda la montaña había adquirido el resplandor dorado de un crisol. El silencio, rey de las cosas eternas, llenaba las montañas y los barrancos. Todo invitaba a la meditación. La oración brotó espontánea con las palabras del salmo «Montes y collados, bendecid al Señor», «alabadle en su Santuario, alabadle en los palacios de su poderío».

Desgraciadamente, empezaron a surgir unas nubecillas, cada vez con más frecuencia, hasta conseguir privarnos de este espectáculo maravilloso, cuando desgranábamos las últimas Ave Marías del Rosario. En seguida emprendimos el descenso al refugio, envueltos en una fría y densa niebla que impedía la visibilidad a más de tres metros de distancia. Gracias a los «cairns» llegamos cansados y ateridos, pero sin ningún contratiempo, a nuestro albergue de Arremoulit.

Horario: Salida refugio Arremoulit, 9.30; Col Arremoulit, 10.15; lagos Arriel, 10.30; abrigo André Michaud, 11.45-12.15; cumbre Balaitous, 14.00-15.00; abrigo André Michaud, 16.00; lagos Arriel, 16.45-17.15; Col Arremoulit, 17.45-18.00; llegada refugio Arremoulit, 18.30. Total: 16 kilómetros, 7 horas, 1.300 metros desnivel.

NOVENA ETAPA.—Refugio Arremoulit-Pic D'Arremoulit (2.600 m.)—Arrens.

Ayer al regresar del Balaitous envueltos en aquella espesa niebla, empecé a invadirnos la intranquilidad de sentirnos prisioneros entre aquellas montañas, pues intentar pasar a la vertiente del valle de Azun, con la niebla, sin conocer y



aun conociendo el terreno, era cosa poco menos que imposible. Durante la cena, a que fuimos invitados por los boy-scouts, tratamos de averiguar cuál era la ruta más segura a dicho valle, pero estos amigos no conocían más accesos que el de Soques y se limitaron a enseñarnos las guías que llevaban. Por otra parte el tiempo urgía, pues teníamos que estar en Lourdes dos días más tarde.

Afortunadamente amaneció un día parecido al anterior, y a las 8 salíamos ya hacia el col del Pallás (2.550 m.) para rodear el pico por su cara sur y alcanzar el col de Labedán, desde donde podríamos bajar por los ibones de Batcrabere al valle de Azun. La senda hasta dicho col, está jalonada por «cairns» (como todas las de la región) y no ofrece dificultad. Aquí nos encontramos ante el dilema de o bien escalar el Pallás (2.976 m.) por su cara sur, o bien conformarnos con el Pico de Arremoulit (2.650 m.) situado entre nosotros y el col de Arremoulit. Ante la perspectiva de tener que andar seis o siete horas con mochila, y como las nubes no dejan de jugar sobre nuestra cabeza, se impone la prudencia y nos limitamos a esta cota cercana.

Después, cargados nuevamente, atravesamos la pedriza bajo la cara sur del Pallás, ascendiendo un poco para alcanzar el col de Labedán. Desde el collado de Arremoulit, se ven (E.) dos pequeñas V juntas en la cresta Batcrabere, que une

PYRENAICA

el Pallás con el Balaitous. Cualquiera de las dos es el col de Labedán; sin embargo, conviene coger la de la derecha, pues el descenso hacia el otro lado es mucho más sencillo. Nosotros, guiados por nuestra «intuición montañera», escogemos la difícil y las pasamos «moradas» para bajar.

Ante nosotros se presenta una larguísima pedriza, cuajada de neveros, que conducen al fondo de la hondonada, donde brillan las aguas de los ibones de Batcrabere. Bajamos aprovechando los neveros, hasta un escalón, que hace la ladera, a mitad de distancia del col de Lobedán y los ibones, donde nos detenemos a almorzar.

El panorama es grandioso, el Balaitous se eleva majestuoso, mil metros más arriba mostrando su impresionante cara norte. ¡Cuántas emocionantes escaladas pueden efectuarse por el laberinto de sus torres y brechas! Junto a nosotros, el Pallás, también mil metros más alto, se pierde de vista en el cielo, adornado con mil agujas y promontorios, como una catedral gótica en piedra berroqueña.

Este escalón puede salvarse torciendo a la derecha, hacia el fondo del valle, o bien siguiendo el regato que conduce el agua de los neveros que hemos atravesado. Al fin, muy cansados y aburridos de la infernal marcha a saltos, que es preciso efectuar en esta pedriza, llegamos a los ibones.

Felices y tranquilas se pasean hermosas truchas por sus aguas transparentes. Hasta estos parajes de ensueño, reservados solamente para los amantes de la montaña, no llegan cañas ni redes. Todos los seres viven en armonía. Impera el amor, no la lucha.

Después de atravesar los lagos inferiores, el torrente se desploma en una hermosa cascada, pero que también forma un obstáculo para el descenso. Conviene, por ello, coger la ladera derecha y ascender unos metros por ella hacia una V visible en las rocas de esta ladera (col de la Genereze). Aquí encontramos una senda con «cairns», que salva en áspero zig-zags el escalón que forma la cascada. Al pie se encuentra el refugio Toue Arribit, actualmente en construcción.

Del refugio arranca un amplio camino de caballería que baja al fondo del valle de Arribit, donde existen unas chozas de pastores. Aquí la vegetación hace acto de presencia y el camino continúa por entre un maravilloso bosque de pinos y rododendros. Hemos trocado la belleza salvaje y estática de la «alta montaña» —hielo, nubes y roca— por ésta, digamos animada, de las hojas y los pájaros.

Hacemos otro alto para comer y dormir una ganada siesta; el calor aprieta y en el fondo del barranco, aunque estamos a 1.700 metros, no sopla ni una brizna de viento. Después nuevamente nos ponemos las mochilas para bajar ya al valle principal de Azun. Nuestro inseparable compañero, el regato de Batcrabere dice adiós a su curso torrencial con una magnífica cascada, antes de unirse al de Azun.

Nos encontramos en Aste (1.539 m.) El paisaje ha cambiado nuevamente. Hemos dejado el bosque y nos adentramos en el mundo de las campas enmarcadas por grandes montañas. El río Azun —pues ya es mayorcito para llamarle regacho— discurrirá en adelante, más plácidamente, explotado con exceso por el hombre, con presas y centrales. Las ovejas, vacas, pastores con flauta y demás elementos vivos del paisaje bucólico, debían elevar una airada protesta por la profanación de que es objeto su santuario.

Una hora después alcanzamos Tache (1.200 m.), a donde ha llegado ya la civilización con todos sus inconvenientes. El camino se vuelve carretera, y el caba-

PYRENAICA

llo es sustituido por el «Citroen». Enormes teleféricos ascienden a las obras hidráulicas emplazadas 1.000 metros más arriba. Casi se respiran los kilovatios del ambiente. Otro elemento del nuevo paisaje lo constituye grupos de colegiales, ellos y ellas, ataviados con shorts infinitesimales, que dirigidos por el cura o la monja suben a sus campamentos de verano en «la montagne». Empezamos a desentonar con nuestra adusta indumentaria de montañeros, entre los colorines de los turistas.

Bordeamos un pantano con atrevida presa-bóveda en vías de ampliación. Camiones y más camiones con tubería pasan rugiendo a nuestro lado. Avanzamos con grandes precauciones para no ser atropellados.

Por fin llegamos, aburridos de tanta carretera y ruido, al pueblecito de Arrens (887 m.) donde pensábamos pasar la noche. Encontrar alojamiento nos costó más pasos y sudores que la ascensión al Balaitous. Llevábamos unos días durmiendo confortablemente en la montaña, pero las dificultades empiezan ahora... ¡en el reino del asfalto!

Horario: Salida refugio Arremoulit, 8,00; col de Pallás, 8,45; Pico de Arremoulit, 9,00-9,15; col de Pallás, 9,30; col de Labedán, 10,00; almuerzo, 10,30-11-00; ibones Batcrabere, 11,30; refugio Toue Arribit, 12,00; comida, 12,45-14,45; Tache, 15,30; llegada Arrens, 18,30. Total: 30 kilómetros, 8 horas, 400 metros desnivel.

DECIMA ETAPA: Arrens-Lourdes.

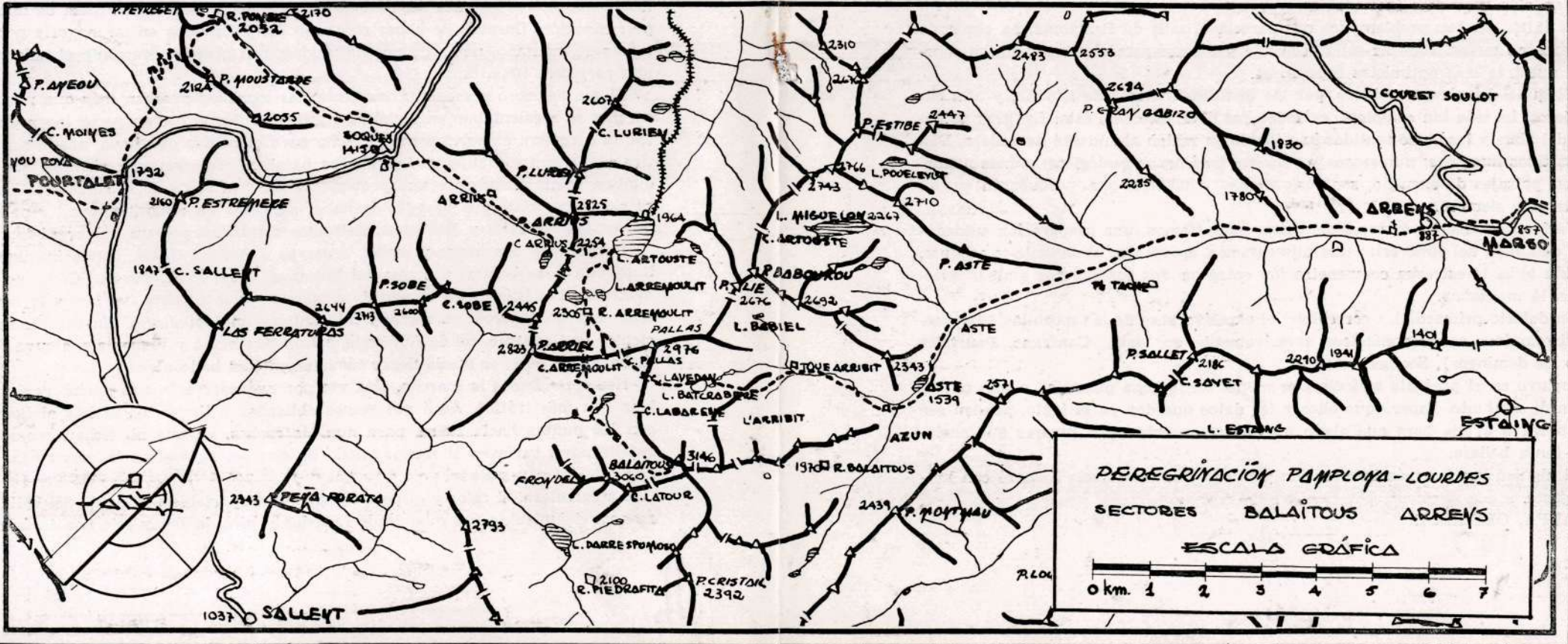
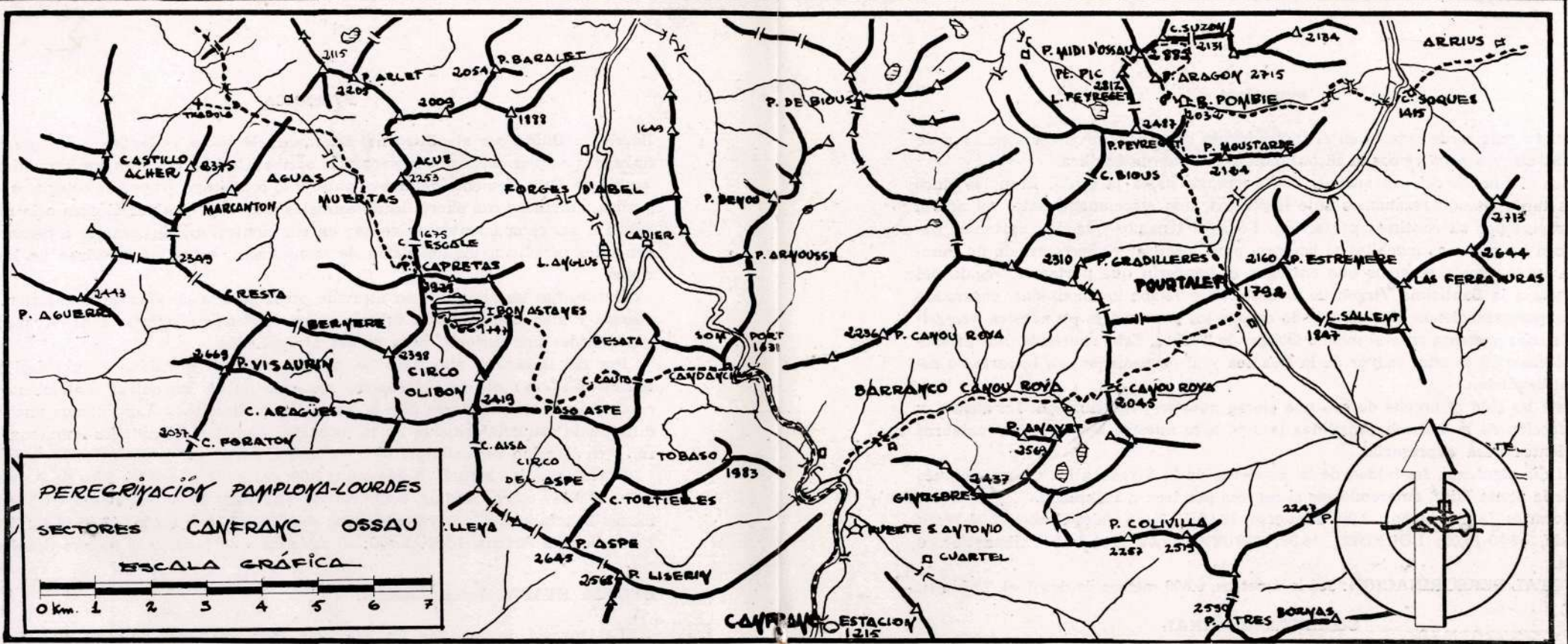
La travesía de montaña finalizó ayer. Hoy solamente tenemos que recorrer los 27 kilómetros que nos separan de Lourdes para alcanzar la meta de nuestra peregrinación. Después de haber recorrido 300 kilómetros en su mayoría por caminos de montaña, nos sentimos defraudados al pisar nuevamente el asfalto de una carretera importante.

El día caluroso presagiaba tormenta, las mochilas pesaban más que nunca y los pies se recalentaban en aquel piso ardiente. Por si fueran pocos inconvenientes, la carretera excesivamente estrecha para el tráfico que lleva, nos hacía sentirnos realmente inquietos. Los coches pasaban rozándonos, y siempre que podíamos, caminábamos por una pequeña banda a la orilla de la carretera. Hubiera sido bien triste que después de haber escalado sin contratiempos las peligrosas aristas del Midi y Balaitous, fuéramos arrollados por un vulgar «4-4».

Después de dos horas y media llegamos a Argeles-Gazot, donde inútilmente buscamos unas bonitas postales del Balaitous o del Midi d'Ossau. Como no son montañas «turísticas» en el sentido comercial de la palabra, ya que sólo las visitan los montañeros, no merecen ni siquiera una fotografía. En cambio había cientos de Gavarnie, col de Aubisque, col de Tourmalet y Vignemale, a cuya base, dicho sea de paso, se puede llegar cómodamente en helicóptero.

Reemprendemos la marcha, esta vez por una carretera más ancha, pero también con más tráfico. Aquí nos vemos obligados a llevar los piolets al hombro con las puntas hacia fuera, para que los coches, ya que no tenían reparo en «afeitarnos», tuviesen al menos miedo de que les rayásemos la carrocería. Dio bastante buen resultado.

La carretera, el calor y el peso se hacían insoportables; al fondo del valle vemos ya el funicular que sube desde Lourdes al pico de Jer, y esto nos da ánimos.



PYRENAICA

Una hora más tarde leemos en el indicador de carreteras la ansiada palabra de LOURDES, y a poco vemos la inconfundible torre de la basílica.

Nos olvidamos del cansancio y casi corremos hasta la gruta. Eran las cinco de la tarde cuando rezábamos ante la Virgen, una emocionada Salve en acción de gracias por su continua protección. Todavía tenemos que dar bastantes pasos, con las dichosas mochilas al hombro, para localizar el Secretariado de Peregrinaciones, donde tenemos que entregar el banderín que portamos, regalo del Oberena a la Santísima Virgen de Lourdes. Nos recibe un monseñor, encargado de las peregrinaciones, el cual cuando conoce los pormenores de nuestra peregrinación, nos presenta ante el mismo Obispo de Tarbes. Este, sonriente, nos promete colocarlo en el altar mayor de la Basílica y al despedirnos nos imparte su especial bendición.

Este ha sido el broche de oro que cierra nuestra peregrinación. La alegría y satisfacción de la «misión cumplida» inunda todo nuestro ser... No hay palabras suficientes para expresarla.

Al día siguiente, festividad de la Asunción de la Virgen a los Cielos, después de oír la Santa Misa, emprendemos el regreso por tren a Pamplona.

Horario: Salida Arrens, 9,00; almuerzo, 10,00-10,30; Argeles-Gazot, 12,00-12,30; comida, 13,30-15,00; LOURDES, 16,30; GRUTA, 17,00. Total: 27 kilómetros. 6 horas.

TOTAL PEREGRINACION: 305 kilómetros, 9.800 metros de desnivel, 78 horas.

COMENTARIO FINAL

Han sido diez días inolvidables.

El éxito, que tan problemático nos parecía al salir de Pamplona, ha coronado nuestros esfuerzos. Todo ha salido como lo habíamos previsto; más aún, ha superado nuestras más optimistas esperanzas.

Ninguna de mis excursiones, por los distintos macizos de España, y aún extranjeros, ha sido tan completa, en todos sus detalles, como ésta. Las tres potencias del alma y los cinco sentidos han tenido su ración abundante de belleza. Distintos tipos humanos; numerosos y curiosos fenómenos geológicos; ruinas memorables; paisajes de ensueño; sonidos, aromas y sabores, que perdurarán en mi mente para siempre.

Varios han sido los factores del éxito: buen tiempo, una preparación cuidadosa y detallada del itinerario; una alimentación apropiada, abundante y caliente, y sobre todo, la estrecha compenetración entre los dos compañeros amigos, «viejos en la montaña».

Un defecto primordial y corregible: el excesivo peso de las mochilas, que puede disminuirse aprovisionándose sucesivamente en Isaba, Canfranc, Pourtalet (sólo los domingos), Soques y Arrens.

Incluyo en el presente artículo tres mapas de la zona pirenaica y uno con la visión de conjunto. Espero que ellos y los datos que doy en el texto, puedan ser una positiva ayuda para que algún montañero recorra estos lugares que encierran tanta belleza.

Si alguien precisa más información y puedo suministrarla lo haré con mucho gusto.

¡AUPA, OBERENA!